

9

120

Feb 26/35 Rhs

Entre Parentesis

EL PEDESTAL VACIO

Por Rafael Suarez Solis

Cuando la noche es muy oscura y el cielo toma color de bronce viejo, el águila en lo alto de las columnas del monumento a las víctimas del Maine parece salir volando hacia lo alto, perdiéndose perpendicularmente. Lo blanco del monumento imita la melancolía de unas ruinas. Al pie de las columnas sólo quedan, incorruptibles, bronceos, los símbolos eternos de los marineros caídos en los brazos de la matrona republicana. Imitan haber quedado abandonadas aquí abajo al irseles la cobija de unas alas heroicas. Ya no son, en la noche cubana, en el silencio del exilio funeral, los restos magníficos

de una fatalidad histórica. En las "ruinas" de una soberanía estéril ponderan sólo la inutilidad de lo providencial cuando la Providencia es amañada, según la exégesis de una felonía imperialista. Quedan allí nada más como víctimas propiciatorias. La casualidad, y no la intención, les cambia el sentido en una lo eterno. A pesar de sus nombres precisos, grabados en una lámina de bronce, tornan a ser, en un sólo montón, "el soldado desconocido", y más ignorados aún por haberse pretendido que sus nombres robasen a la Epopeya la gloria de los heroes genuinos: los que se destacaron en la virtud de las conspiraciones, la manigua, la perseverancia y la independencia. El águila, cumplida su misión de intervenir, se retira en la noche a descansar en su nido de oro del trajín negociante del día, y deja que el silencio y la oscuridad ponderen la gracia melancólica de las ruinas. Es entonces—como explica el filósofo en nombre de la poesía—cuando "este equilibrio característico entre la materia que pesa y resiste pasivamente a la presión y la espiritualidad formadora que tiende hacia lo alto, queda, empero, destruído en el mismo momento en que el edificio cae en ruinas". Y concluye Simmel, como en una alusiva lección de sociología y de política: Diríase que una justicia compensadora hace coincidir la libre confluencia de todo cuanto crece en las más divergentes y contradictorias direcciones, con las caída de aquellos hombres y de aquellas obras humanas, que ahora ya sólo pueden rendirse, abandonarse, pero no crear y mantener sus formas propias con sus propias fuerzas".

Pero esto, que bien puede llamarse destino, fatalidad: tragedia por lo tanto, pondera en otras piedras, un concepto paradójico de "ruinas constructivas". A veces, lo destruído no supone victoria de la naturaleza sobre "la espiritualidad formadora que tiende hacia lo alto". Es la propia espiritualidad que rechaza como cimientos lo que el vicio arquitectónico quiere elevar a la categoría de monumento. Así como hay muchas estatuas que se elevan sin razón a estímulos de la pedantería, hay otras que todavía no deben elevarse por no ser manos espirituales las que las aupan. Todo hombre, aun el inmortal, es hijo de alguna circunstancia, y el ámbito en que destaca



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

9

su figura ha de tener cualidades geográficas inconfundibles: clima propicio a su función vegetativa. En la Grecia de hoy una estatua de platón tiene, únicamente, un sentido arqueológico. Mejor que hierática en el ágora, su efigie, como una ruina melancólica, se explica en la teoría milagrosa de las excavaciones. Y aun vale más para el busto del filósofo, como ámbito y clima, el patio húmedo y reducido de una universidad de Alemania.

131

Así es como debemos convencernos de la gracia que supone el pedestal vacío perteneciente al busto sin inauguración del filósofo Enrique José Varona. La supervivencia, la inmortalidad, es un descanso. Para algunos raros hombres, formados más allá de la fisiología, seguir viviendo es entrar en la zona del reposo infinito. La muerte es el premio que la divinidad concede a lo que ya no puede permanecer, a la existencia que se agota, a la fatiga de vivir, al máximo dolor caído en la inutilidad. Por el contrario, no morir nunca, inmortalizarse, es la agonía eterna concedida por la popularidad al hombre que pudo padecer dulcemente en el silencio del estudio, convirtiéndose en un enorme depósito de sabiduría necesaria a la perpetuidad social. Su palabra, por la boca de piedra o de bronce, ha de fluir eternamente en la cátedra interminable de las generaciones. Pero ha de hablar a condición de que se le escuche, y calla cuando la curiosidad se va de vacaciones por la tangente de la pereza. Hay épocas en que la sociedad se va a diversión a las selvas primitivas del instinto animada por los acordes revolucionarios. Es entonces cuando los inmortales bajan del pedestal en espera de que los estudiantes regresen a las clases rendidos de experiencia. Ese día, como el profesor salmantino, reanuda su lección con la frase in~~u~~stituible: 'Decíamos ayer...'

Todavía, naturalmente, no se han terminado las vacaciones de la revolución cubana. Todavía el instinto de un pueblo no ha recogido bastante fatiga en el barullo de la calle. No es hora aún de que el filósofo, encaramado en la tribuna, encarado con el porvenir, recite la frase sacramental. Ayer es todavía hoy; hoy no ha entrado aún en las vísperas del mañana. El pedestal vacío no supone un monumento en ruinas. El ánimo, a su vista, no invita a la melancolía. No se trata de un recuerdo decapitado. No se ha roto el equilibrio entre las fuerzas de la naturaleza y las del espíritu en viaje perpendicular. No es la ruina, el hito arqueológico, la señal de una decadencia; es el basamento de una estatua futura, los cimientos de una obra ideada para la inmortalidad, la primera señal de que la revolución entrará un día en la fase constructiva, la semilla enterrada que será fruto de efigie en el clima cultural de un orden nuevo.

La propia ocurrencia de haber sustraído, rescatado, el busto de Varona nos dice que la revolución entró en el terreno de las afirmaciones. Ya sabe lo que quiere. La policía ha denunciado el hecho como un caso de raterismo vulgar, sin ver que al "robo" se le debe llamar rescate. Porque la lección de Varona "no pertenece a los hombres del pasado", a los mínimos mortales que viven todavía. Es propiedad del futuro, y se encuentra guardado por las manos que tienen también la llave del porvenir. Era, por el contrario, el pasado el que quería robarle al porvenir su tesoro. Y "el que roba a un ladrón...".

Sin embargo, seguramente la policía andará buscando a estas horas el busto de Varona, como si se tratase de una bomba de dinamita. Inútil... Tarde o temprano, la cabeza del filósofo hará explosión en lo alto del pedestal para inundar de luz el ámbito de la cubanidad restablecida.

Ana, feb 26/35



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA